

él, en presencia de los dos ejércitos, uno de aquellos combates personales como los que leemos en Homero y Tito Livio. Augusto la halló dócil, sumisa, lisonjera: vióla acuñar moneda representando su cabeza radiata y sobre ella un lucero, dándole su inscripción el nombre de *Divino*: más aún, la vió erigir un templo á su genio.

Sobresalieron los hijos de Itálica en el amor de la gloria y en el culto generoso de los grandes talentos: Silio, la *abeja de Virgilio*, aquel *Silio peregrino* que cantó la segunda guerra púnica con los ecos de la lira del Mantuano, compró el campo donde reposaban las cenizas de éste, y la casa donde compuso Cicerón sus famosas *Cuestiones académicas*; Trajano y Adriano dieron á las artes un impulso prodigioso, y cubrieron de monumentos la vasta extensión del Imperio. No es de extrañar que el pequeño municipio italicense, tan dotado de instintos de verdadera grandeza y magnificencia, prefiriese á su independencia la identificación con la fastuosa Roma, y que al presenciar las huellas de deslumbradora cultura que el sabio Adriano iba dejando por doquiera que pasaba con su escolta de arquitectos, escultores, poetas y filósofos, resolviese sacrificar sus libertades municipales por imitar en todo, como colonia, las leyes, usos y costumbres de la floreciente metrópoli. Lo que verdaderamente nos causa extrañeza es que no comprendiese Adriano la causa filosófica de esta preferencia, si es cierto, como cuenta Aulo Gelio, que en la oración que pronunció en el Senado con motivo de la aspiración de sus paisanos de pasar de municipio á colonia, declaró que no podía menos de admirarse de aquella pretensión (1). Adriano sin embargo debía conocer bien la índole de sus paisanos.

Un ingenioso escritor inglés dice que las ruinas de la antigua Itálica asoman hoy de trecho en trecho, entre olivares y

(1) *D. Hadrianus in oratione quam de Italicisibus, unde ipse ortus fuit, in Senatu habuit, peritissimè disseruit: mirari que se ostendit, etc.*

matorrales, como denegridos huesos de gigantes medio insepultos; y así es en efecto. Todo aquel espacioso «campo de soledad» que se recorre desde el miserable pueblecillo de Santiponce hasta el lugar donde asienta el arruinado anfiteatro, está lleno de argamasones y montículos artificiales que convidan al arqueólogo á fecundas exploraciones. Cree uno de pronto ver surgir de entre aquellos olivos rocas informes, y examinadas luégo, se reconocen como trozos de antigua muralla, y el suelo que se pisa, como depósito de seculares ruinas. El mármol y el ladrillo romano de gran magnitud están revueltos entre los terrones, y el inculto labrador de *Sevilla la vieja* no sabe si al romper aquella tierra con su arado remueve cenizas de los Ulpios y de los Traios condenados á perpetua intranquilidad en expiación de lo mucho que inquietaron al mundo. Edificio antiguo que descuelle un estado sobre la haz de la tierra, ninguno queda, á no ser el mencionado anfiteatro: los que se supone fueron termas, foro, palacio, etc., no presentan hoy á los ojos del desconsolado anticuario más que alguna pequeña parte de su recinto inferior, la implantación de algunas paredes, y algunos trozos de fábrica, suficientes por la admirable calidad, magnitud y variedad de sus ladrillos, y por su soberbia construcción, para hacernos deplorar amargamente la inferioridad artística de la civilización que arrolló y sepultó á la antigua y que suponemos destinada á regenerar el mundo (1). — Del que se cree palacio de Trajano debió conservarse una gran parte hasta mediados del pasado siglo: el terremoto de 1755 acabó de arruinarlo, y de él se han extraído en nuestros días grandes fragmentos de estatuas, reducidas á poco más que los ropajes, y que dicen algunos ser las de Junio Bruto, Minerva y Trajano; otros las de los tres emperadores Nerva, Trajano y Adriano. Estas preciosas reliquias, desenterradas por el ilustrado celo de los señores Bruna y Ar-

(1) Supone Ford que la casa llamada de *baños* es el recipiente de un gran acueducto que mandó construir Adriano para llevar á Itálica las aguas desde *Plucci* ó Tejada.

jona, se conservan hoy, juntamente con los preciosos productos de otras excavaciones posteriores (1) en las galerías bajas ó patios del museo provincial, donde pueden los aficionados estudiar con mediana comodidad el carácter de la escultura procedente de Itálica (2). Entre estos fragmentos, llamaron singularmente nuestra atención una arrogante cabeza de Minerva, una pequeña Venus, uno ú dos bustos de emperadores de los mejores tiempos del arte romano, y sobre todo dos bellísimos torsos, rotos ambos por encima de la rótula, uno de los cuales parece una felicísima repetición del Antinoo, y el otro ofrece un manto admirablemente plegado que recuerda no poco el del Apolo de Belvedere. No por su belleza, sino por su carácter bárbaro, atrajo por largo tiempo nuestra contemplación una media estatua colosal que había en el patio primero ó de entrada, y que desde luégo se nos representó como obra de rudas manos visigodas. No aseguraremos que lo sea; hoy, por el contrario, después de bien tamizado nuestro recuerdo, creemos que podría con mayor fundamento atribuirse esa curiosa reliquia á la época de Teodosio, tan infeliz y decadente para las artes: porque si bien en todos los tiempos de ignorancia, por más apartados que estén unos de otros, se reproducen los mismos fenómenos, no parece probable que después de la irrupción de las hordas del Norte,

(1) Los señores Bruna y Arjona fueron los primeros que extrajeron de las ruinas de Itálica en el presente siglo los restos preciosos que llenaban los salones bajos del alcázar. Posteriormente emprendió allí nuevas excavaciones D. Ivo de la Cortina, á quien se deben la mayor parte de los objetos expuestos en el piso bajo del Museo de la Merced.

No sabemos si fueron las ruinas de la ilustre Colonia objeto de alguna seria exploración arqueológica en los días de Ambrosio de Morales y de Rodrigo Caro; pero en el siglo pasado las estudiaron, principalmente en lo relativo al anfiteatro, el conde del Aguila y el P. Flórez, quienes, auxiliados de entendidos dibujantes y arquitectos, nos legaron una puntual Ichnografía de dicho monumento con su correspondiente alzado. Publicó además el último una porción de inscripciones interesantísimas, y muy curiosas medallas en que perpetuó su nombre la insigne cuna de tantos laureados varones.

(2) Esta escultura, si hemos de juzgar por los fragmentos descubiertos, no pertenece toda á la época de la decadencia del arte, como asegura Ford. Hay objetos evidentemente producidos en su época más floreciente.

conservase Itálica la importancia que se colige de la erección de tales estatuas en sus plazas ó monumentos.

De las referidas excavaciones se han sacado además columnas, capiteles, pedestales, cipos con inscripciones votivas y otra multitud de objetos (1), recogidos unos con amor y generosa codicia, desperdiciados otros por la grosera ignorancia, vendidos algunos á los extraños por el vil interés; los cuales, ya ilustran las galerías del citado museo de Sevilla, ya excitan la admiración de los viajeros en las colecciones de Berlín y Londres, ya aumentan el prestigio del memorable convento de S. Isidoro del Campo, ya dan solemnidad á las miserables paredes del pueblecillo de Santiponce en que se hallan incrustados, ya finalmente volvieron á soterrarse, hechos menudos fragmentos, entre las escorias de los basureros, para no volver nunca á la luz. ¿Quién creyera que han podido en nuestros días descender hasta este último destino más de cinco ó seis preciosos mosaicos, no bien fueron allí descubiertos? Se comprende hasta cierto punto que haya desaparecido casi por completo el soberbio pavimento desenterrado en 1800 (2), preservado algún tiempo por el honroso celo del pobre monje que lo cercó para hacerle inaccesible

(1) Citaremos los más notables: en S. Isidoro del Campo se conservan varias columnas, algunas de ellas partidas: la más digna de mención es una de mármol de 25 piés de altura, que sostiene una cruz en el centro del vestíbulo que conduce á la iglesia. El P. Flórez señala en el propio convento dos pedestales con inscripciones que contienen una dedicación del teniente pretor y curador de Itálica, Aurelio Julio, al emperador M. Aurelio Probo, y otra de la república italicense al emperador Caro. En el patio del apeadero del mismo convento señala una inscripción sepulcral, muy singular por su forma. Otras dos memorias sepulcrales consignó en sus *Antigüedades* Ambrosio de Morales: de las lápidas que las contenían no queda ya memoria. En el patio grande del Museo provincial de Sevilla llamó nuestra atención, entre otros objetos interesantes, la dedicación de una ara á Valio Maximiliano por haber pacificado la Bética, y un pedestal, probablemente de estatua, dedicado á Baco bajo el nombre de *padre libre*, con tanta frecuencia usado en la antigüedad, por un edil de los juegos escénicos. Tiene esculpidos este pedestal, al costado derecho un vaso ó ánfora de elegante forma, y al izquierdo una pátera.

Estos objetos pertenecen á las excavaciones hechas por D. Ivo de la Cortina.

(2) Esta es la fecha que consigna respecto de este descubrimiento Ceán Bermúdez en su *Historia de la pintura*, ms. inédito que conserva la Real Academia de San Fernando.

á los profanos (1), publicado en 1802 por el infatigable Laborde, y convertido luégo en corral de cabras por los bárbaros guerreros de Soult; pero no se comprende cómo los mosaicos hallados por D. Ivo de la Cortina en 1839 y 1840, que tanta impresión produjeron entre las corporaciones literarias y hombres entendidos de Sevilla (2), que dibujó con diligencia y guardó muchos meses con amor entusiasta un distinguido miembro de aquella Academia de buenas letras (3), y que por último fueron objeto de protectoras medidas de parte de un ilustrado ministro de la corona (4), vinieron á ser en brevísimo tiempo, después que la administración central retiró su mano amparadora, despojo de las pias y miserable trofeo de la inclemencia de los hombres y de las estaciones. Á tal punto fué rápida su destrucción, que cuando visitamos nosotros por primera vez las ruinas de Itálica, en 1853, no existía de aquella antigua riqueza más que una pobre orla casi completamente destrozada, limitando detrás de la carcomida pared de un corral un espacio cuadrado cubierto de espesa yerba, entre la cual los muchachos de Santiponce recogían las piedrezuelas sueltas que comprábamos los

(1) Llámbase Fr. José Moscoso: debemos este dato á las curiosas investigaciones de M. Ford. Véase su *Hand book, etc.*

(2) Dice el citado Sr. Cortina en un comunicado sobre las ruinas de Itálica, que salió á luz en el periódico *La España* hacia el año 1856, que la *Sociedad de amigos del país de Sevilla*, la *Academia de buenas letras de la misma ciudad* y la *de la Historia de Madrid* fueron las inspectoras de su empresa.

(3) Fué éste el ya difunto Sr. D. José Amador de los Ríos, eminente arqueólogo, catedrático de literatura extranjera á la sazón en la Universidad central de esta Corte, en cuyo poder vimos algunos de los dibujos de que hacemos mérito, esmeradamente puestos en limpio y lavados por su hermano D. Demetrio de los Ríos, que le substituyó en la meritoria y difícil tarea de publicar aquellas nobles ruinas. Entre los referidos dibujos hay figuras enteras cuyos lineamentos, propios sólo del mejor tiempo del arte romano, revelan hasta qué punto la fuerza expansiva de aquel gran pueblo hacía homogénea en todas partes la huella de sus ideas.

(4) El Ministerio de la Gobernación, que estaba á la sazón á cargo del Sr. marqués de Someruelos, prestó su apoyo al Sr. Cortina concediéndole para sus excavaciones 40 confinados. Mandóse á éstos desamparar aquel lugar después de la revolución de setiembre de 1840, y desde entonces, invadidos por las pias y los ganados los pavimentos descubiertos, empezó su destrucción, que vieron los señores Cortina y Ríos consumarse en pocos meses sin medio alguno en su mano para contenerla.

viajeros. Séneca, que tanto se condolía de que los romanos de su tiempo no supieran andar sino sobre pavimentos taraceados, ¿qué hubiera pensado de sus paisanos los andaluces al verles defender de una manera tan brutal la causa del *nihilismo*? (1).

Un celoso é incansable profesor (2), heredero de la ardorosa pasión arqueológica de un ilustre colega nuestro, arrebatado á la historia de la literatura y del arte patrio cuando más sazonados parecían los frutos de su docta pluma, tiene tiempo há preparada una extensa obra sobre Itálica, la cual constará, cuando vea la luz pública, de cincuenta láminas prolijamente ilustradas, en que se comprenderán: las *termas*, según aparecen en sus cimientos; varios fragmentos de mosaicos; otros *mosaicos con restauraciones* de manos árabes ó moriscas; otro *gran mosaico* con sus detalles, en que se representan el *Himeneo*, la *Primavera*, el *Invierno*, una *Biga* y una *Cuadriga*, también con restauraciones; otro mosaico que perteneció á un *triclinium*, en que está figurada una *Nereida sentada sobre un delfín*; el *mosaico de las Musas* que publicó Laborde; otras *termas*, vulgarmente denominadas *palacio*; la perspectiva del *Anfiteatro*; nuevas *estatuas*, *torsos* y otros fragmentos de escultura; una *Victoria*; dos capiteles corintios; un ángulo del *Foro* donde fueron halladas las estatuas colosales rotas que se conservan en el Museo provincial de Sevilla; y por último la planta de un edificio italicense de carácter no aún determinado. Algunos de estos trabajos parciales han visto ya la luz pública en obras de importancia (3).—

(1) Debemos á la justicia el consignar honrosas excepciones á la funesta indiferencia del público. El trabajo de M. Laborde despertó, desde antes que abrazase la causa de Itálica el Sr. Cortina, la emulación de otros anticuarios. D. Justino Matute y Gaviria dió á luz en Sevilla, en 1837, un *Bosquejo* de aquella ciudad ó *apuntes que juntaba para su historia*, incluyendo en esta obra 19 grabados que representaban fragmentos de estatuas, ruinas del anfiteatro, arcos, inscripciones, ocho mármoles, también con inscripciones, y doce monedas con el cuño de aquel municipio.—Los estudios de Matute se extendían á las edades media y moderna.

(2) El Sr. D. Demetrio de los Ríos, erudito arquitecto, hermano del ya citado D. José Amador.

(3) Tales como los *Monumentos arquitectónicos de España*, cuadernos 48 y 57, y el *Museo español de antigüedades*, tomo I, pág.^{as} 191 y siguientes.

El eminente epigrafista Hübner hace mención (1) de dos de estos mosaicos, interesantes no sólo por su mérito, sino también por las leyendas que contenían: uno es el que publicó Laborde, el cual ya no existe, y al que dió Cean el nombre impropio de *mosaico del carro triunfal y las musas*, cuando el que realmente le corresponde es el de *mosaico del circo y las musas*. Este mosaico representa nada menos que el circo romano de Itálica, con su *spina* completa: particularidad que sólo ofrecen otro mosaico de Barcelona y un tercer mosaico existente en Lyon (2). El otro mosaico que el sabio berlinés juzga también notable por sus inscripciones, es uno que descubrió el Sr. Cortina, y que ya tampoco existe, el cual representaba á dos jóvenes, hombre y mujer, á quienes unía la diosa Venus haciendo de *pronuba*. La desposada aparecía llamarse *Protis*, y el joven, *Tullianus*.

¿Qué diremos ahora del estado presente de aquel famoso anfiteatro, dádiva monumental de Adriano, encomiado por Justo Lipsio, cantado en sus ruinas por Rodrigo Caro, tan estudiado á mediados de la pasada centuria por insignes artistas y anticuarios, y á los pocos años tan profanado ya por esa misma Sevilla, que lo reducía á escombros y empleaba sus venerandos restos en los malecones y arrecifes de su río y en el camino de Extremadura? ¡Dichosos diques! ¡dichoso camino! ¡de entonces acá, cuántas veces se han tragado, desmenuzados y convertidos en guijo, arrogantes arcos y espaciosas graderías de aquel colosal cadáver de la gloria de los Césares! El siglo XIX proclama en el mundo culto el respeto á los monumentos de las antiguas civilizaciones, y sin embargo, este siglo llegará en España á su decrepitud antes de que obtengan, de los ávidos propagandistas del progreso material, el respeto y la paz esos mudos é inofensi-

(1) En su magna obra *Corpus inscriptionum latinarum*, tomo II, bajo los números 1110 y 1111.

(2) Publicado por Mr. Artaud, en 1806.

vos testigos de la ilustración y de la barbarie alternadas de tantas generaciones (1)!

El aspecto de aquella gran ruina llena el corazón de melancolía: aun rotas las bóvedas que circunvalan el podio, desportillados los soberbios arcos de los vomitorios, melladas las graderías, borradas las escalinatas, convertidos en deformes pendientes los antes bien dibujados y perfilados cuneos, injuriada en suma por el tiempo y por los hombres la majestad terrible del monumento en que compendia la sociedad romana su supersticiosa religión (2) y sus sanguinarios placeres: todavía es grande é imponente la voz de aquel mutilado coloso; pero el alma donde ella resuena, embargada de admiración y espanto, no acierta á discernir si es aviso, si es amenaza ó si es lamento; y en esta incertidumbre, el viento que recorre la desierta campiña, al susurrar por entre las desmoronadas bóvedas, tan pronto remeda la lejana gritería de un pueblo bárbaramente entusiasmado á la vista de la sangre de los gladiadores y de los esclavos, como el misterioso gemir de las víctimas inmoladas á la ferocidad de los tigres y panteras.

No hay imaginación medianamente predispuesta á exaltarse ante el espectáculo de las grandes ruinas del mundo antiguo, que no se represente, al visitar el anfiteatro de Itálica, mentalmente restaurado aquel edificio insigne.—Un inmenso gentío, de todas edades y condiciones, va ocupando las espaciosas grade-

(1) La noticia más antigua de estos actos de vandalismo que consignan los que han escrito de Itálica se refiere al año 1774. Desde entonces este ejemplo de barbarie se ha venido repitiendo hasta hace pocos años, en que aquellas venerandas ruinas hallaron amparo en la ilustrada *comisión de monumentos* de Sevilla. M. Latour en su obra *Séville et l'Andalousie* escribía en 1855 que parte de los escombros de aquel monumento, machacados como despreciable guijo, acababan de ser transportados á la carretera de Extremadura; en el propio año de 55 un ingeniero solicitó del gobernador de Sevilla licencia para extraer de aquellas ruinas piedra para el mismo camino, y posteriormente algunos periódicos de la Corte han venido sosteniendo con energía la causa de la civilización, malparada en las venerandas reliquias del famoso anfiteatro de resultados de nuevas demoliciones.

(2) Atribúyese el origen de los anfiteatros á los etruscos, pueblo supersticioso y sombrío, que consagraba los gladiadores inmolados en ellos á la memoria de los héroes que habían sucumbido en los combates.

rías que rodean la cavea y descienden desde la última y más elevada galería hasta el aristocrático podio, reservado á los magistrados y magnates. Sale la apiñada gente como á raudales por las arcadas de los vomitorios: unos suben y otros bajan, derramándose por los cuneos en busca de sus respectivas graderías, pero con orden admirable y por las escalerillas construídas al intento, sin molestar los que llegan á los que ya están sentados. Luce sus vistosas togas el orden de los duunviros y decuriones: siguen á éstos los ediles, censores y curadores, todos ventajosamente situados, y defendidos de las acometidas de las fieras por la elevación del podio, el dorado cancel que le circuye, las puntas de que está armado, y los burladores rodillos de marfil ó de bronce de que está formada su barandilla.—La gente de distinción se acomoda en las graderías principales más próximas á los magistrados: el pueblo llena la parte superior del anfiteatro. Sólo á los personajes es permitido llevar cojines y á ciertos señores de distinción cátedras ó sillones, lo mismo que umbráculos ó sombreros para que el sol no los ofenda.—En ciertas ocasiones, cuando el viento no lo estorba, se cubre todo el anfiteatro con lonas ó velas de diversas estofas y colores, cuyo manejo está encomendado á gente experta sacada de la milicia de las flotas. Sujétanse estas velas por medio de cuerdas y anillos á las entenas y vigas empotradas en el cornisamento del edificio, y para aliviar su peso, se sustentan en fuertes mástiles fijos en la arena, como la arboladura de una gran nave.—Pero los lances del pugilato, la destreza de los reciarios y mirmiliones, la lucha de los animales unos con otros, los ingeniosos artificios de las *pégmatas* (1), son espectáculos inocentes que no hacen apre-

(1) Había máquinas de madera, llamadas *pégmatas*, que, adornadas de pinturas, se movían por sí mismas, crecían, disminuían y mudaban de forma, mostrando en cada variación caprichos que arrancaban aplausos y risas, y despedían á los gladiadores, saliendo juntamente con ellos llamas y artificios de fuego.—Jose-ro en el lib. VII, *De bello jud.*, dice que con estas *pégmatas* se representaban también batallas, combates y expugnaciones de fuertes ciudades y otros memorables hechos de guerra.

surar los latidos del corazón en ese anhelante gentío. Todo eso le cansa: necesita otras escenas que le conmuevan: los tremendos golpes de *cesto* que se descargan los atletas, las mortales estocadas que se dan los gladiadores; ver cómo vacila y cae un cuerpo humano antes lleno de vida y hermosura, y cómo el hielo de la muerte le nubla los ojos y hace estremecer sus cárdenos músculos; y oír el ronco estertor del esclavo, del prisionero enemigo ó del cristiano devorado por la fiera; presenciar la tremenda prueba á que le plugo sujetar la constancia y fortaleza de los pobres mártires, y observar con protervo y feroz interés el espanto de la ruborosa doncella puesta en medio de la ensangrentada arena, sola, sin ningún auxilio, y teniendo enfrente abierta la oscura jaula del león ó del tigre entre cuyas garras va á perecer. Estas son las únicas peripecias dignas de la grandeza del pueblo romano!

El ceniciento velo del crepúsculo vespertino iba gradualmente bajando sobre aquella ovalada y desierta planicie en la última hora de nuestra visita al anfiteatro de Itálica. Parecía que de los picos de la despedazada fábrica pendía un inmenso *velarium* expresamente tendido sobre nuestras cabezas para preservarnos de los rayos del sol, y que las nubes impelidas por el viento eran aéreas legiones de apiñadas sombras, que, á la hora en que se hace el gran silencio en los campos, venían á ocupar las desiertas graderías para padecer en ellas viendo triunfante del paganismo la cruz perseguida en los mártires, y para remedar con aullidos é infernales lamentos la vocería que en otro tiempo les arrancó el bárbaro placer de la cristiana sangre vertida.